vicio) hacían grande costa a Motecuhzuma, mandó que se recogiesen y que no quedase más de una india a cada castellano para que le guisase de comer, y que las demás se pusiesen en parte donde no comiesen a costa de Motecuhzuma; y que esto fuese fuera de la ciudad, porque Motecuhzuma y los suyos no recibiesen pesadumbre. No pudo Cortés hacer esto tan secretamente que el rey no lo entendiese, el cual le envió a llamar y con palabras graves y amorosas, le dijo que estaba maravillado de que le hubiese tenido en tan poco, que por no hacerle gasto mandase echar los naborías fuera de la ciudad y que mirase lo que dirían los que conocían su grandeza; y acabadas de decir estas palabras, antes que Cortés le respondiese, mandó a ciertos principales que allí estaban, que luego pusiesen a los naborías de los castellanos en unos aposentos muy buenos y que cada día se les diese doblada ración de la que habían menester. Cortés le besó las manos por ello, pidiéndole perdón si en algo había errado; diciendo no haber sido su intención de servirle. Tuvo también cuenta Motecuhzuma con el servicio de los castellanos, que aun hasta para proveerse de las necesidades naturales les señaló unas casas, que por esto se llamaron de el maxixato, que quiere decir, de el proveimiento natural, con las cuales ciertos indios tenían gran cuenta para que siempre estuviesen limpias y ajenas de mal olor.

CAPÍTULO LII. *De la liberalidad de este monarca y príncipe Motecuhzuma, y de un caso en que se mostraba severo con los suyos, y que Cortés le habló de la religión cristiana*

COMO LA CASA DE EL ALOJAMIENTO donde los nuestros estaban era muy grande, entrando Alonso de Ojeda por ciertos aposentos halló en uno muchos costalejos de a codo, llenos y bien atados; tomó uno y sacólo fuera (por ventura, pareciéndole que sería oro en polvo), y abriéndole delante de algunos de sus compañeros, con cuidado de lo que sería, halló que estaba lleno de piojos, y afirmando que esto era verdad le ataron de presto; y espantados de aquella extrañeza, contáronlo a Cortés el cual preguntó a Marina y Aguilar lo que quería decir cosa tan nueva; respondieron que era tan grande la sumisión que al rey hacían todos, que el que de muy pobre o enfermo no podía tributar estaba obligado a espulgarse cada día y guardar los piojos para tributarlos, en señal de vasallaje y que como había gran número de gente menuda, así había muchos costalejos de piojos; cosa la más peregrina que se ha oído y que más muestra la sujeción en que Motecuhzuma tenía su reino. Hay quien diga que no eran piojos, sino gusanillos; pero Alonso de Ojeda en sus *Memoriales*, lo certifica de vista, y lo mismo Alonso de Mata. Era este rey con los castellanos tan afable y amoroso, que jamás pasó día en que no hiciese merced a alguno; especialmente quería mucho a un Peña, con el cual burlándose muchas veces le tomaba el bonete de la cabeza y echándole de una azotea

abajo, gustaba mucho verle bajar por él y luego le daba una joya. Aficionósele mucho; y si la desgracia de la muerte de este gran príncipe no sucediera, le hiciera muy rico, porque era muy a su contento, tanto, que todas las veces que le vía (aunque fuese delante de Cortés) se sonreía y alegraba; nunca comía, ni se iba a holgar que no se le llevase consigo y con razón, porque el Peña era gracioso, de buen aire y de buen parecer, avisado en lo que decía y hacía. Buscaba siempre Motecuhzuma (según era afable y dadivoso) ocasión cómo hacer merced; y viendo que Alonso de Ojeda traía una bolsa nueva, de las plegadas y de bolsicos, labrada con seda, que se llamaba burjaca se la pidió; miróla, holgóse mucho de verla, espantado que tuviese tantas partes y tan bien hechas, adonde guardar muchas cosas. Alegre con ella llamó con un silvo bajo (que así llamaban los señores); vinieron luego ciertos caballeros, díjoles muy quedo que llevasen ciertas cosas y apenas había acabado de mandarlo cuando dieron a Ojeda dos indias hermosas, muchas mantas ricas, una anega de cacao y algunas joyas, pagándole la burjaca harto más de lo que valía, aunque fuera de oro; porque los príncipes generosos no sólo se precian de dar lo suficiente, sino que pasan a lo que parece exceso. De el rey Alejandro se dice, que llegándose a él un caballero llamado Perilo a pedirle la dote que pudiese ser suficiente para casar una hija, le mandó dar cincuenta talentos; y Perilo, pareciéndole que era mucho, le dijo: bien bastan diez y con éstos estoy contento. A lo cual le respondió Alejandro: aunque a ti, que los recibes, te bastan diez, a mí que soy el que los doy, me parecen pocos cincuenta. De esta manera se mostraba generoso Motecuhzuma y daba mucho más de lo que se le pedía, porque era naturalmente dadivoso y manos de reyes, que de su natural se inclinan a dar, nunca dan poco porque el dar poco, nace o de no tener qué dar o de ser escasos los hombres; y como nunca les falta poder a los reyes, ni cosas qué poder dar, no se les puede negar el saber dar mucho, cuando se inclinan a ello. Diole Ojeda a Motecuhzuma las gracias con mucha humildad; y como ninguna cosa adquiere tantos amigos como la afabilidad y liberalidad, aliende de ser tan gran señor, le respetaban y amaban los castellanos, como si de cada uno fuera padre y hermano. Jugaba muchas veces al bodoque con Cortés y con Pedro de Alvarado, aunque eran diferentes los precios porque cuando Alvarado perdía, le daba un chalchihuite, que es piedra entre los indios estimada y entre los castellanos no; y cuando Motecuhzuma perdía pagaba un tejuelo de oro, que por lo menos valía cincuenta ducados; y acontecióle perder en una tarde cuarenta y cincuenta tejuelos y holgábase las más veces de perder, por tener ocasión de dar. Del mismo rey Alejandro cuenta Plutarco que estando un día jugando a la pelota con ciertos caballeros, estaba entre ellos uno, llamado Serapión, a quien el rey quisiera hacer mercedes el cual, o por ser corto y encogido y no tener atrevimiento de pedir o por parecerle que el que pide (si es honrado) ya merece lo que se le da, en haberlo pedido, nunca llegó a darle este gusto y placer a Alejandro. Y como estuviese en el juego con los demás y Alejandro nunca le echase la pelota aunque él se la enviaba las veces que la cogía, le dijo: ¿por qué, señor, no me la das?

A lo cual Alejandro respondió: porque no pides. De manera que la condición de este magnífico príncipe era dar, no solamente cuando le pedían, pero aun solicitando las voluntades de otros para que le pidiesen; y esto mismo vemos en Motecuhzuma, que no sólo daba a los que pedían, pero jugaba sólo con ánimo de perder y dar, como se ve en esta ocasión y otras muchas en que lo mostraba.

Deseaba Motecuhzuma, según la buena voluntad, que se echaba de ver, que mostraba a los castellanos hacerles en todo placer. Ofreció a Cortés otra hija, más hermosa, pensando que así como él tenía muchas mujeres, Cortés tuviera muchas amigas, aunque fueran hermanas. Trató de casarla con Cristóbal de Olid y vino en ello por su hermosura y ser hija de tan gran señor. Holgó de ello el rey y envióle joyas ricas y siempre le trataba como a deudo; bautizáronse estas dos señoras y cada hora se trataba con Motecuhzuma de los puntos de la religión; y una vez le dijo Fernando Cortés, que pues con tantas pruebas vía el engaño de sus ídolos, se hiciese cristiano, pues era Dios el que había criado todas las cosas, que da y quita los imperios en esta vida, y en la otra le haría grandes mercedes. Y aunque por lo que se pudo entender no parecieron mal al rey las razones de Cortés, dijo que miraría en ello. Los que se mostraron muy apasionados suyos, por la nobleza de su condición, creyeron y lo quisieron persuadir a otros que si no le sucediera la muerte aunque se lo estorbaba el demonio recibiera la fe; pero otros lo creían con dificultad. Aconteció en esto que faltando a un castellano de los de la guarda del rey dos indias de servicio, le suplicó que se las mandase buscar. Dijo que lo mandaría; y como pasaron dos días que no parecían, el soldado con atrevimiento se las volvió a pedir, y Motecuhzuma le respondió ásperamente y el castellano con insolencia le replicó algunas palabras; y acordándose que estaba en poder de gente tan feroz se enterneció; y llegado el caso a noticia de Fernando Cortés mandó ahorcar al soldado, y al cabo, por muchos ruegos, le hizo azotar. Rogaron al rey que pidiese a Cortés que no ejecutase aquel castigo, porque entre los castellanos era más afrentoso que morir. Respondió que Fernando Cortés hacía como buen capitán y que sus ruegos habían de ser sino para que le perdonase la vida, que merecía perder, y que no de otra manera castigara él a cualquier señor de los de su corte que se atreviera contra Cortés. Otro día que esto aconteció, mudándose la guarda se fueron tres soldados sin aguardar que entrasen los que habían de estar en su lugar; por lo cual los mandó Cortés azotar, porque Motecuhzuma supiese cómo se castigaba a los que no hacían bien su oficio y ninguna cosa había en que Fernando Cortés no mostrase maravillosa prudencia.

La noche siguiente a dos horas de noche fueron vistos muchos indios naborías cargados de panes de liquidámbar, que valía cada uno dos gallipavos. Mandó prender Cortés a los que intervinieron en tomarlo y porque supo Motecuhzuma que era uno Peña, su privado, le envió a decir: ¿que por qué tenía preso a su amigo y a sus compañeros? Respondió: que porque le habían deservido y tomado el liquidámbar; dijo que aquello no era nada, que luego los mandase soltar, que en los castellanos no había de ser

el castigo sino por violencias o desacatos. Holgó mucho Motecuhzuma en ver libre a Peña, hízole muchas caricias y rogóle que no se apartase de su lado.

CAPÍTULO LIII. *Que Cortés volvió a hablar a Motecuhzuma en el punto de la religión y lo que el rey le respondió; levantó en el templo mayor de los ídolos las imágenes del crucifijo y de la Virgen María, y de un milagro que sucedió en la falta de agua, este año*

IENDO FERNANDO CORTÉS que Motecuhzuma y los caballeros que acudían a servirle y visitarle estaban más quietos, y que se iban aficionando a los castellanos y que salía al templo los días que decían que eran fiestas principales en las cuales se sacrificaban muchos hombres, sintiendo aquella bárbara crueldad, confiado en la suavidad de la condición de Motecuhzuma, le dijo: que como por divina voluntad estaba puesto en la silla real, pudiera estar otro de sus más bajos vasallos; y que pues la gran dignidad que tenía la había recibido de un solo Dios, que daba los reinos a quien era servido, lo cual no podían hacer muchos dioses, porque ni los hay ni puede haber, y era bien que saliese de la ceguera en que había vivido y dejase aquellos falsos ídolos que adoraba, que eran tan crueles que no se servían sino de la sangre de los que no tenían culpa, y que adorasen la imagen de Cristo, Dios verdadero, para que de ahí adelante conociesen los suyos al que los crió y redimió; y que pues mostraba tan buena voluntad a los cristianos y a sus costumbres y de los suyos era tan obedecido, le suplicaba que fuese el primero para que los demás siguiesen su ejemplo; y que cuando por esta causa hubiese alguna inquietud se ofrecía de castigar a cualquiera que se atreviese contra él. Motecuhzuma le oyó con gran atención y con gran reposo le respondió que los suyos eran muchos y todos nacidos y criados en la adoración de aquellos dioses, y aunque él quisiera seguir su parecer, ellos no querrían por tener en más a sus dioses que a él; y que cómo quería que tal cosa se hiciese, pues aquellos dioses les habían dado salud, bienes temporales y victoria en las guerras y cuando se enojaban enviaban esterilidad y los castigaban. Replicó Cortés que aquello era falso, porque demonios que en aquellas figuras de ídolos se hacían adorar no eran dioses sino criaturas obstinadas en su pecado y condenadas a las penas del infierno y que no podían hacer más mal del que Dios les permitiese y que el bien procedía de sola la mano de Dios, aunque aquellos demonios le hacían entender lo contrario y que no pusiese excusa en lo que le suplicaba, porque era sugestión y engaño del demonio que le tenía ciego. Volvió a decir el rey que sus vasallos tomarían armas contra él y que si él fuese más poderoso que ellos, se le irían a otros reinos y dejarían la ciudad despoblada. Dijo Cortés que si se rebelasen los sujetaría y si se fuesen